



## La historia mexicana vista por sí misma

BOCAMINA

■

■

■

■

■

■

■

■

■

■

■

Zermeño Padilla, Guillermo, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2002, 246 pp.

La cultura moderna de la historia es un apasionado intento por encontrarle a la historia su lugar indicado en la modernidad. En esta búsqueda Guillermo Zermeño se ve en la necesidad de dividir el libro en dos partes. En la primera se enfoca fundamentalmente en la búsqueda del lugar de la historia en la modernidad, mientras que en la segunda pone énfasis en el lugar y la condición actual del saber histórico y la modernidad en la teoría de la historia desarrollada en México.

En su búsqueda del lugar de la historia en la modernidad, Zermeño se ve en la necesidad de desarrollar un argumento de dilucidación teórico-histórica estructurado alrededor de un tema central: "la descripción del origen moderno de la historiografía, considerando algunos de sus alcances y de sus limitaciones gnoseológicas". Así, es de primordial importancia para el autor saber ¿qué condiciones permitieron la aparición de esta clase particular de conocimiento sobre el pasado? y ¿qué posibilidades pueden delinearse para el futuro?

Para Zermeño, los conceptos cultura, historia y modernidad son en la modernidad creaciones con-

ceptuales que sirven para describirse a sí mismas. Es decir, son producciones sociales resultado de una nueva semántica elaborada por el mundo moderno para describirse a sí mismo. Esto es, al momento en que se realiza la observación histórica estos conceptos se tornan sujetos del mismo análisis histórico. ¿Cómo explicar la manera en que estos conceptos se analizan a sí mismos? Zermeño nos indica que para ello es necesario concebir el mundo conformado no por percepciones, sino por comunicaciones —como lo afirma Niklas Luhmann—. A manera de hipótesis, entonces, la cultura moderna de la historia es la forma como “las sociedades modernas han elaborado una imagen o representación de sí mismas, ordenada temporalmente y estructurada a través de comunicaciones, y no a través de percepciones como era común pensar en el siglo XIX” (Zermeño, 2002:18). En otras palabras, para que haya comunicación no basta la percepción de algo; se requiere sobrepasar el espacio de la conciencia personal y hacerla observable para el otro. Y la manera como los historiadores han hecho observable sus percepciones es a través de la comunicación escrita, y ha sido por este medio como la modernidad elabora las nociones de cultura, historia y modernidad.

Después de explicar la manera como se han “comunicado” las nociones de modernidad, historia y cultura, Zermeño explica otros conceptos como revolución, mito y tradición, los cuales problematiza por medio del análisis de los significados que han tenido en diferentes etapas de la historia occidental. Su objetivo es explicar cómo la modernidad ha hecho uso del pasado y cómo la historiografía cumple con la capacidad de proveer a la sociedad una representación global temporalizada de sí misma (Zermeño, 2002:71-75).

Una vez demostrado el papel de la historiografía en el mundo moderno, Zermeño se aboca al análisis de la relaciones entre el pasado y presente, las cuales determinan la concepción actual de la historia como actividad científica y como un saber autónomo productor de nuevos conocimientos sobre el pasado. Para ello se centra en una de las figuras más significativas de la historiografía moderna, el historiador alemán Leopold von Ranke, quien intenta establecer una relación del presente con el pasado de una manera directa y sin intermediarios, como el mismo Ranke escribe: “en cierto modo desearía extinguir mi yo y dejar que las cosas hablen solas” (Zermeño, 2002:81).

Para Zermeño, el programa científico de Ranke inaugura la arquitectura de la historia moderna como un proyecto inacabado: surge así la historia por sí mis-

ma. La historia se vuelve moderna porque ya no se trata de copiar modelos, o recibir lecciones morales del pasado para mejorar el presente, o de imitar el pasado; por el contrario, la historia se vuelve creación y expresión. Es decir, cada que se escribe historia se construyen relatos nuevos determinados por la modernidad desde la que se escribe.

El autor concluye la primera parte de su libro con un detallado estudio del proyecto historiográfico conformado alrededor de la publicación periódica *Subaltern Studies*, y hace al mismo tiempo comparaciones con la escuela de los *Annales* con la finalidad de destacar la importancia de ambas en las transformaciones provocadas por ellas en la historiografía. Para Zermeño los estudios de la subalternidad tienen la característica de asumirse y considerarse a sí mismos como una posición política (el rescate de los sujetos subalternos). Esta particularidad introduce en la práctica de la investigación la reflexión sobre la forma como se constituye la producción del saber sobre el pasado. Y es precisamente a partir de esta reflexión sobre la producción de ese saber cuando saltan al escenario histórico como sujetos políticos activos y con capacidad de decisión todos aquellos habitantes de la subalternidad. Resalta en este apartado el concienzudo análisis desarrollado por Zermeño de la obra de Ranajit Guha, en particular del texto “Prosa de la insurgencia”, del cual desmenuza la propuesta guhiana de la tipificación de los discursos producidos durante y después de las rebeliones. Con esto concluye la primera parte del libro.

La segunda parte está dedicada a la historia y al estado actual de modernidad y del saber histórico en México. Zermeño inicia esta sección buscando la influencia de Ranke y su proyecto en México. Encuentra que Ranke extrañamente llega a través de historiadores y pensadores franceses durante el siglo XIX. Asimismo, en esta segunda parte estudia el proceso de profesionalización de la historia en México durante el periodo de 1910 a 1940. Resulta interesante que la traducción de Ranke al español data de la década de 1940, con lo que sólo viene a reforzar el proceso de institucionalización y forma que adopta la profesionalización de la historia en la misma década. Es decir, llega a un terreno ya preparado, pues al ser leído en español por los historiadores mexicanos y los exiliados españoles confirman lo que ya sabían en cuanto a los ideales del historiador profesional que se venía perfilando desde la segunda mitad del siglo XIX.

Zermeño continúa con su búsqueda de Ranke en la historiografía mexicana, y es precisamente en el sexto capítulo donde expone sus descubrimientos al inda-

gar en la *Historia de México*, del jesuita e historiador michoacano José Bravo Ugarte, y en la *Historia moderna*, de Daniel Cosío Villegas. Es notable el análisis que realiza Zermeño no sólo de las dos obras, sino de la manera en que son recibidas al momento de ser publicadas. Por ejemplo, sobre la recepción de la obra de Ugarte, Zermeño revisa la correspondencia que el sacerdote jesuita sostiene con Manuel Gómez Morín, director de la editorial JUS, editorial en la que se imprime la obra de Ugarte. Asimismo profundiza en las opiniones que dos jesuitas, Daniel Olmedo y Gerard Dacorme, expresan de la obra de Ugarte. Olmedo escribiendo desde Montezuma, Nuevo México, percibe la obra de Ugarte como “una exposición objetiva, serena de hechos y síntesis admirable [...] Pero no dejarán de aullar los lobos [...] ya me contará” (Zermeño, 2002:190). Dacorme, por su parte, escribe desde Ysleta, Texas; manifiesta que la obra de Ugarte sería muy bien recibida por la crítica “y que llegaría a estar entre todas las manos, abriendo camino a una era de recto criterio católico y de estudio imparcial de su patria historia” (Zermeño, 2002:191).

Zermeño concluye que Bravo Ugarte y Cosío Villegas comparten la misma epistemología histórica de corte rankeano y aspiran a dar cuenta total del pasado. Ambos comparten además un impulso revisionista semejante, pues en sus historias ambos cuestionan “el interés de la Revolución Mexicana por apropiarse de la genealogía de la modernidad”. A los dos los une el modelo de análisis, pero los separa el lugar desde donde hablan: “el foro público de los medios de comunicación, el mundo de la política y el poder en Cosío Villegas, y el mundo de la pedagogía y de la religión, en Bravo Ugarte” (Zermeño, 2002:204).

Finalmente, el libro concluye con un estudio sobre los conceptos de “crisis” y “crítica” de la historiografía moderna de México. De acuerdo con Zermeño, el concepto de crisis es utilizado inicialmente por Edmundo O’Gorman en su libro *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. En él denuncia el carácter instrumental de la ciencia histórica en México y su incapacidad para generar una “auténtica” comprensión de la historicidad de toda obra humana. Más tarde otros historiadores retomarían el mismo concepto para enfatizar la problemática de la escritura de la historia en México. Por otro lado, el concepto de crítica corresponde precisamente a una crisis en la construcción de un discurso histórico crítico; es decir, se trata de una revisión de la forma como se constituye “teóricamente” la disciplina y de cómo ha llegado a comprenderse a sí misma (Zermeño, 2002:218).



En suma, el libro de Guillermo Zermeño es una clara y oportuna aportación a lo que hasta ahora se ha escrito sobre la teoría de la historia en México y América Latina. Se une indudablemente a estudios y ensayos como los de Octavio Paz, Enrique Florescano, Luis González, entre muchos otros. Se podría incluso afirmar que este libro se considerará un intento serio de analizar algunos de los problemas —como la objetividad de la historia y la profesionalización del gremio— estudiados por Peter Novick en su interesante libro *That Noble Dream. The "Objectivity Question" and the American Historical Profession* a principios de la década de 1990, pero en el caso de la historiografía moderna y la profesionalización de la historia en Estados Unidos.

